Varios autores

http://www.letralia.com/ed_let/12

Editorial Letralia
letralia.com/ed_let

Colección ***Especiales***
Internet, mayo de 2008

Editorial Letralia
letralia.com/ed_let

Escribir es un arte
pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia,** un espacio virtual para la edición electrónica.
La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa
con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Hace unas semanas, cuando empezamos a planificar las actividades con las que celebraríamos el 12º aniversario de *Letralia,* pedimos a los escritores que nos acompañan, en este presente que llevamos ya una docena de años construyendo, que nos enviaran sus reflexiones sobre la difusión de literatura en Internet y los temas aledaños: el libro digital, el blog, la revolución informativa en que hoy estamos inmersos.

Creemos que no hay mejor manera de celebrar los 12 años de la Tierra de Letras que publicando este libro digital sobre la pertinencia de la literatura digital. Una *matriushka* de silicio que se pregunta a sí misma si tiene validez o si es sólo un espejismo más de esta época en que la tecnología se ha vuelto una herramienta indispensable del pensamiento.

Es así como dieciséis de nuestros autores han confluido en este nuevo título de nuestra Editorial Letralia, no sólo para brindar por el aniversario de *Letralia* sino, además, para explorar esta selva digital en la que autores, editores y lectores descubren día a día formas de interacción hasta hace poco insospechadas.

¡Salud!

Jorge Gómez Jiménez
Editor

12 años de Letralia

Literatura y bytes desde la Tierra de Letras

© 2008 Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

Índice

Presentación 3

Cuenta una escritora del Bogotá 39: Mi experiencia como escritora y bloguera puertorriqueña, Yolanda Arroyo Pizarro 9

Justificación y sustentación del empleo del blog como medio tecnológico para comunicar y transmitir reflexiones, Iván Bedoya Madrid 13

Un Eldorado virtual, Estrella Cardona Gamio 15

Literatura digital: del códice a la pantalla y aterrizaje en escena, texto de Doménico Chiappe y fotorreportaje de Joel Aguilar 19

Escribir en el lugar sin límites, Rafael Fauquié 25

Monologando en el diván de la blogosfera, Rolando Gabrielli 27

Revoluciones, Álvaro Giménez García 31

El habla, la escritura y el libro, Ernesto Fernando Iancilevich 33

E-publicado, Martha Beatriz León 35

Cervantes digital, o la aventura de la tecnología, Ulisses Paniagua 37

Escritura, memorial de futuro, Luisa Pastor Martínez 41

Escritor y lector, siempre presentes, María Rosa Perea 47

Ayer y hoy de las revistas literarias, Juan Planas 49

***Letralia,* una docena de años de trabajo,** Leopoldo de Quevedo y Monroy 51

El libro digital ya no tiene reversa, Germán Uribe 53

Lugar común: la muerte, Gabriela Urrutibehety 57

Cuenta una escritora del Bogotá 39

Mi experiencia como escritora y bloguera puertorriqueña

Yolanda Arroyo Pizarro

El mundo del blog ha abierto las puertas a muchos escritores en Puerto Rico, sobre todo a los noveles. De hecho, considero mi trabajo literario como un resultado directo del blog que dirijo en la dirección http://narrativadeyolanda.blogspot.com. El mismo me calienta los motores de la creatividad y me permite ejercicios narrativos diarios que luego incorporo a poemas, cuentos, novelas, reseñas y presentaciones de libros de colegas. La gestión cultural autoimpuesta que ejerzo en él ha sido mi método de exhibición y promoción no sólo a otros medios de difusión, sino también a otros escritores pares. He recibido llamadas y he hecho contactos con periodistas, revistas dentro y fuera del país, invitaciones a antologías y congresos a través de personalidades del medio que me han dicho: "Lo que leo en tu blog me interesa". Eso ha abierto discusiones con ellos, ha generado nuevos contactos, me ha dirigido por otras rutas. Varias personas se han acercado al blog a preguntarme sobre mi novela *Los documentados*. Buscan información para la realización de tesis sobre el tema de la inmigración en Puerto Rico. Otros me piden manuscritos de literatura inédita para tantear la posibilidad de publicación en otros países. Algunos me leen desde Inglaterra, Canadá y Hong Kong, y me escriben al blog o al email dándome las gracias por mantenerlos informados del asunto literario en la Isla. Me han hecho acercamientos y han traducido varios de mis cuentos al francés y al italiano usando como primer contacto el blog. El blog me ha servido a mí, y entiendo le sirve a mis demás compañeros, para exponer un trabajo artístico a las masas.

Cuando fui nominada a la selección Bogotá 39, tanto el jurado como otros responsables de la organización validaron quién era yo, lo que escribía, mis publicaciones virtuales y en papel, a través de mi presencia en Internet, y esto aunque sucedió por enlaces en donde se expone mi trabajo en diferentes lugares de la red, revistas digitales y otras, ocurrió mayormente porque pudieron dar con mi blog. Desde él se inició un sinnúmero de comunicaciones que iban desde la identificación de un perfil literario, hasta la planificación logística de la visita a Bogotá, Colombia. Todos los integrantes del Bogotá 39 tienen páginas personales realizadas en diferentes formatos y plataformas donde exhiben sus publicaciones, trabajos, entrevistas, etc., pero curiosamente son aquellos que tienen blogs, los más accesibles, los que más cercan se hallan del publico que en "real-time" los lee, les hace consultas y ellos, a su vez, les contestan.

Un blog se da a conocer de boca en boca, a través de difusión en los correos electrónicos, pero también por los buscadores. Si se indaga algún tema literario en Yahoo, Google o Altavista, que son los más famosos motores de búsqueda en Internet, digamos sobre el asunto de "la luna y las menstruaciones", de seguro en los resultados saldrá mi blog listado para que se lea lo allí expuesto. Lo mismo sucede con el tema migratorio, o el de abuso sexual de niños que es algo que aborrezco y que siempre permea en mis escritos, o el tema del amor entre las parejas del mismo sexo y las constelaciones. Como son argumentos que toco en mi literatura, se crea una huella dactilar virtual que hace referencia cruzada a las indagaciones pertinentes que cualquier persona que navegue en Internet realice.

Trabajo en mi blog materiales cortos, textillos, mini-relatos, crónicas casi siempre ficcionalizadas, pocas veces autobiográficas, pero de una longitud adecuada que no cargue al que lee en pantalla. Los lectores de blogs son lectores de pantalla, de monitor. Muy pocos imprimen para leer, y ello responde a que la mayoría gusta de comentar el asunto de forma inmediata luego que lee un "post". Por eso siempre incluyo material audiovisual: música, entrevistas radiales, fotografías, cuadros y videos.

Concuerdo con el colega Juan Carlos Quiñones cuando menciona: "La literatura puertorriqueña tiene una presencia significativa en Internet". En Puerto Rico hay un manjar servido en relación con esta presencia. Los blogs de Elidio Latorre Lagares, Francisco Font Acevedo, Ana María Fuster, Xavier Valcárcel, Mayra Santos Febres, Jocelyn Pimentel, Jorge Valentine, Angelo Negrón, David Caleb Acevedo, Isaac Cazorla, Joel Feliciano, Isabel Batteria, Amarilys Tavarez, Iva Yates y Samuel Medina son esenciales si se quiere saber por dónde van los tiros en la literatura del Puerto Rico actual. Lo que nace y se gesta ahora, hace dos minutos, lo que sucede y sus reacciones a la vida boricua se palpa en estos

blogs que menciono.

Una importante ventaja es que mucha gente se entera de los acontecimientos culturales en suelo boricua por los blogs: conversatorios, presentaciones de libros, recitales de poesía, exposiciones de arte, etc. El blog de "Terranova", por ejemplo, y uno paralelo que dirige Ana Ivelisse Feliciano, "La Estación de los Signos", son tremendos gestores de esto que te comento. A veces voy a las actividades y la gente me dice: "Me enteré de esto, y estoy aquí porque lo leí en tu blog". Es muy gratificante.

Sin embargo, también soy asidua estudiosa y ávida lectora de blogs extranjeros; son los que me dan la temperatura del resto del mundo literario latinoamericano. No puedo vivir sin leer a Iván Thays en su blog Moleskine Literario, el blog de Pedro Mairal, el blog Caribeando de Carlos Wynter Melo, el de Santiago Roncagliolo, el de Jorge Volpi o el de Cristina Rivera Garza.

Por otro lado, me he dado cuenta de que entro en diferencias a la hora de escribir para el blog o para un libro. Mi escritura frente al blog es diferente a mi escritura frente a la hoja de papel con intenciones de crear una colección o una novela. Para empezar, nunca publico material enteramente destinado a un libro en mi blog, aunque una vez ya publicado el trabajo, puede que lo suba al blog para promocionar, anunciar o complacer algún pedido especial del público. Si ese es el caso, trato de subir sólo fragmentos. Intento provocar el paladar del lector y que éste, por lo que lee, salga disparado a la librería para saciar su curiosidad. Pero en ambos medios me cuido de poner en vigencia las reglas gramaticales que debe seguir todo buen escritor y soy igual de estricta a la hora de leer a blogs colegas. Odio los blogs con faltas de ortografía y poco cuidados con la gramática.

Y como la tecnología llegó para quedarse, sigo escribiendo en digital y leyendo en digital.

Justificación y sustentación del empleo del blog como medio tecnológico para comunicar y transmitir reflexiones

Iván Bedoya Madrid

Considero que no se ha empleado o utilizado como se debiera el recurso que, como educadores, nos permite Internet para comunicar textos y reflexiones, o en otras palabras, no hemos sabido emplear como se debiera este maravilloso recurso tecnológico con fines pedagógicos o formativos.

Lo que pretendo inicialmente al recurrir al medio del *blog* es mostrar o probar que este sencillo pero prodigioso recurso puede ser empleado por un docente o incluso un estudiante, sin tener una —como se dice ahora— *competencia* explícita en informática o programación y sólo como una actividad *lúdica,* a modo de *entretenimiento.*

Es cierto que lo podemos emplear en una forma más elaborada o técnica como se puede comprobar en algunos *blogs* dedicados a la educación y a la pedagogía como en el titulado *"La educación en Hispanoamérica",* el cual tiene un diseño muy original e incluye unos *links* muy interesantes y llamativos. Lo que hay que saber aprovechar para *nuestra causa* pedagógica y/o formativa es que —como se puede hacer con otras herramientas igualmente maravillosas pero mucho más poderosas o eficientes— permite la comunicación en línea y controlada con varios sujetos y poder interactuar o recibir a su vez, de éstos mismos, resultados de tal comunicación.

En mi opinión, a diferencia del *correo electrónico,* en el *blog* se puede o,

mejor, se debe disponer de textos más elaborados para compartir o presentar inicialmente a sus potenciales receptores. Esta especificidad del *blog,* de entrada, propicia y promueve la producción textual y por supuesto, la lectura, la investigación y sobre todo, como lo enfatizo en mis escritos, la reflexión sobre el tema que se está tratando.

Un Eldorado virtual

Estrella Cardona Gamio

En un prestigioso periódico de mi país, leí no hace muchas semanas un artículo que trataba precisamente de la ganga que representa el hecho de que en la actualidad podamos disponer de un medio tan eficiente y difusor como es Internet y, por ende, el mundo digital.

No cabe la menor duda acerca de cómo hubieran acogido el invento nuestros bisabuelos, de ser escritores, y aun más lejos los suyos y así indefinidamente; la facilidad que otorga Internet es algo similar a una varita mágica de cuento de hadas: escribes y todo el planeta puede leer, si quiere, lo que tú opinas, fabulas o criticas sobre lo que sea. Los poemas vuelan en alas de la electricidad y las novelas, relatos, ensayos, cualquier cosa, surca el éter invisible, que nunca estuvo el ser humano más y mejor, o peor, comunicado, incluso las imágenes campan por sus respetos como otras tantas apariciones milagrosas. Bien, no estamos solos ni nadie es una isla, pero...

Según el periódico aludido, todo esto, centrado en la literatura, representaba un gran avance, el gran paso de la humanidad, pero... ¿Lo es realmente?... ¿Es un avance o es un engañabobos?

En el año 1996 comencé a iniciarme en los secretos del ordenador, computadora, y me pareció que entraba en el paraíso, o algo semejante y no era una ingenuidad por mi parte ya que todas las revistas especializadas, en aquellos tiempos proliferaban como las setas, decían, entre otras lindezas, que las perspectivas que nos abría Internet eran comparables a la conquista del Oeste por

los pioneros, sólo bastaba con tener buenos reflejos y aprovechar las oportunidades que se nos ofrecían al alcance de la mano. Aquello era Jauja.

Al socaire de tal reclamo florecieron cientos de miles de empresas grandes y pequeñas, se gastaron fortunas en despachos, en personal y en material informático, se realizaron suntuosas presentaciones, más físicas que virtuales en muchos casos, y hoy, actualmente, ¿qué queda de todo aquello?, supongo que el recuerdo, y no demasiadas empresas que hayan subsistido, eso sí, las más aptas resistieron, lo que viene a significar obviamente sólo una cosa aplicable al tema que nos ocupa.

Que no se me escandalice nadie, desde luego que el nuevo Eldorado que representa Internet vía el universo electrónico, ofrece innumerables ventajas, sobre todo rapidez, es decir, la difusión a un ritmo vertiginoso, pero...

Como en el mítico Eldorado no es oro todo lo que reluce, no se descubren talentos literarios cada dos por tres, ni, al menos en nuestro hemisferio, una novela, un relato, te abre las puertas de las editoriales más importantes, no, aquí no, tal vez porque en la vieja Europa no acabamos teniendo una mansión al final de una cadena que empezó intercambiando un clip sujetapapeles.

Hoy en día, como siempre, y este siempre ya es un clásico, por mucho que tengamos una página web o un blog, al menos en la vieja Europa, vuelvo a repetir, los cazatalentos no abundan en Internet, la popularidad rápida sí, esa que se quema a sí misma alegremente en *rankings* tan acelerados como desmedidos, por ejemplo, el estornudo de un panda que visto en ese portal mediático cuyo nombre conocemos todos, ha alcanzado la nada despreciable cifra de 13 millones y medio de visitas en tiempo record.

La gloria literaria, el reconocimiento al esfuerzo del escritor anónimo, pero con muchas ganas de dejar de serlo, no se logra en un abrir y cerrar de ojos a través de los medios virtuales, eso no es cierto y no se debe pretender deslumbrar a los noveles hablando de lo que es una verdad a medias.

Y digo verdad a medias porque es cierto que lo que escribas lo puedes publicar instantáneamente y llega a todos los rincones, pero de eso a conseguir el éxito fulminante hay un abismo aunque el testimonio de tu paso por el mundillo virtual sea una realidad. El éxito hay que ganárselo a pulso; ni siquiera Internet te lo regala; el hada madrina de Cenicienta sólo existió una vez, y además era cuento... Por favor, no sucumbáis a los cantos de sirena, que todo cuesta y en literatura todavía más, y con Internet o sin, lo único que cuenta es la perseverancia.

Si todos necesitamos 15 minutos de notoriedad, esa ambición puede satisfacerse por la red... y luego silencio, o, lo que es peor, olvido ya que hay nuevos juguetes con los cuales divertirse, me refiero al público naturalmente.

No nos engañemos, en Internet lo que atrae es lo breve e impactante, sea hermoso, feo o desagradable, ético o no, y también los experimentos estrambóticos como, por ejemplo, la intrincada y laberíntica literatura hipertextual. ¿La habéis probado alguna vez? Yo sí.

Ignoraba lo que era y me enteré de su existencia por un concurso, me llamó la atención y quise probar (no por el concurso en sí; superé esa etapa hace ya muchos años). Bueno; después de romperme la cabeza con aquel jeroglífico conseguí desarrollar un rompecabezas bastante aceptable, o por lo menos tan incoherente, que fue dado por apto para participar, y de ahí no pasó, claro, pero me cabe la satisfacción de que pude hacerlo, ahora, no pienso repetir.

Sin embargo, yendo a lo que importa, esta clase de cosas hipertextuales tienen muchos fans y la verdad es que no sé por qué; son complicadísimas de hacer y acabas loco perdido, quien lo hace y quien lo lee.

He intentado sacar algún sentido de ese ejemplo. La verdad es que si esto ha de ser la literatura del mañana, Dios nos coja confesados, como diría un castizo... Aunque también, y es mucho peor, quizá sea símbolo premonitorio de lo que nos espera a todos los niveles, porque, según apuntan, las corrientes culturales se adelantan a la historia, o mejor dicho, la profetizan.

Sinceramente, no creo que en Internet, pese a sus muchas ventajas, que las tiene, de miles de millones de internautas con vocación literaria, se salven de la criba unos cuantos si éstos aspiran a perdurar, tal vez el secreto de un éxito tan fulgurante como fugaz, y poco recomendable, radique en que esa ansiada notoriedad se consiga, en efecto, pero lo que dura un relámpago... Si con eso es suficiente...

Literatura digital: del códice a la pantalla y aterrizaje en escena

Texto: Doménico Chiappe

Fotorreportaje: Joel Aguilar

Proyección y sombras (Ateneo de Madrid, 2008)

La literatura comenzó a poblar el espacio digital, esa nada electrónica, con lenguaje e historias. La retórica domada por el libro códice no valía para esta conquista. La supervivencia del texto en pantalla dependía de la poética y su posibilidad de forjar imágenes contundentes con el valor de la exactitud. Y al mismo tiempo, la literatura debía abandonar la pureza textual y emitirse en combinación con otras artes. Narrar en diversos planos constituidos por artes plásticas, animación, fotografía, música, diseño asociadas por la programación.

Aunque aún se busca una retórica apropiada para el medio digital y se experimenta con discursos cada vez más sofisticados y complejos, también se inicia un camino de vuelta: por una parte la literatura tradicional se impregna de los hallazgos de la literatura multimedia; por otra, lo que existe en el espacio digital cruza la frontera hacia lo real y se adapta a escenarios teatrales. La búsqueda de un lenguaje para la literatura en pantalla y de una escena real para lo multimedia son dos procesos que se cruzan en su avance zigzagueante.

Jorge Ramírez; ensayo (Madrid, 2008)

En la novela, en la buena novela, sucede la polifonía: la narración de una historia a través de múltiples conciencias. En la literatura tradicional, la polifonía existe en el texto. En la literatura multimedia, existe en el texto y también en el plano creativo. La creación de una historia se produce a través de múltiples conciencias, unidas por una misma intención artística, que, a su vez, producen un contenido polifónico. Polifonía + Polifonía = Hiperfonía.

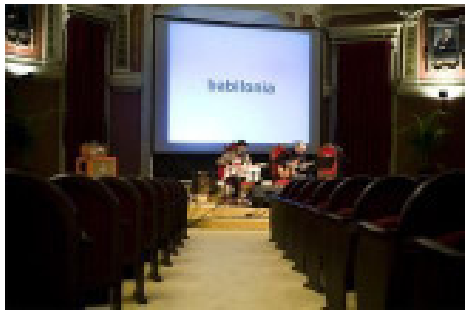
En esta imagen aparece Jorge Ramírez (músico fundador de bandas como Zapato 3 y La Máquina Azul y ahora dedicado al jazz) mientras traduce a sonido la sensación que transmite la historia de la novela *Entrevista a Mailer Daemon*. En 1996, Jorge colaboró en la novela multimedia *Tierra de extracción,* al adaptar e interpretar, después de leer el texto, dos canciones de la obra, fragmentadas en cinco partes para acompañar cinco capítulos. En la polifonía creativa los autores trabajan con libertad y consenso. Esta investigación de mediados de los noventa involucró a varios músicos y grupos caraqueños como Ojo Fatuo (Raúl Alemán), Slam Ballet, CultoOculto, Tunantes, Daniel Armand, Frank Cordido, y a artistas plásticos y visuales como Andreas Meier, Ramón León, Manuel Gallardo, Humberto Mayol, Pedro Ruiz, Édgar Galíndez.

Natalia Hernández y Doménico Chiappe; ensayo (Madrid, 2008)

Para lograr la fuerza creativa y la calidad que requiere la literatura (multimedia o no) el trabajo colectivo diluye la figura del autor. La hiperfonía trabaja en la visión múltiple de un universo. La participación de varios autores e intérpretes requiere de una única intención artística como elemento de cohesión y coherencia.

En esta imagen, Natalia Hernández (actriz del Centro Dramático Nacional español) lee un fragmento de la novela mientras la música narra (no sólo describe, no sólo induce, también cuenta) lo que acontece alrededor del personaje.

Prueba de sonido (Ateneo de Madrid, 2008).



La literatura multimedia que se publica en la red constituye una biblioteca de incunables digitales. Tanteos donde se prueban diversas técnicas y expresiones, sin que ninguna se erija como un elemento definitivo, aunque muchas características se repiten en unos y otros: fragmentación, concisión, interacción con el lector y, sobre todo, el pliegue y despliegue del espacio y la multiplicación del tiempo. Cualidades labradas por exigencia del medio digital, pero que tienen rasgos de antiguas vanguardias, como el expresionismo que indagaba en la combinación de los géneros; el simultaneísmo que mezclaba en un mismo plano elementos disímiles en cuanto a tiempo y origen; la fragmentación del cubismo y la escritura con imágenes de los autores existenciales.

En esta imagen se observa el momento en que se nivelan las voces y los instrumentos para que unas no apabullen a las otras. Se encuentra un punto de equilibrio que puede desmoronarse con sólo mover un comando. El derrumbe puede suceder en escena, en pantalla, en códice.

Natalia Hernández (Ateneo de Madrid, 2008).

Los conceptos tienen tantos matices como la entonación de una lectura:

La literatura digital puede ser "multimedia" cuando narra a través de varias artes; "interactiva" cuando requiere la participación del lector; "hipermedia" cuando combina lo multimedia con lo interactivo.

La literatura digitalizada consiste en la migración de lo escrito para el libro códice al formato electrónico y, de las posibilidades de la plataforma digital, sólo aprovecha su capacidad de confinamiento y transmisión.

Tampoco puede catalogarse como literatura multimedia (tal vez sí como alguna forma de netart) las combinaciones aleatorias y automáticas de texto o palabra, que surgen bajo la denominación de poesía electrónica o digital.

Un escritor electrónico o digital es cualquiera que utiliza un teclado de computadora para escribir, incluso libros códices. Un escritor multimedia busca narrar en diversos planos artísticos y se sirve de la plataforma digital para unir estos planos. Un escritor hipermedia interactúa con el lector, le concede un rol protagónico, comparte la autoría de su obra.

En esta imagen, Natalia despliega su arte en el juego literario que se propone en las *Hiperfonías de Mailer Daemon,* un experimento a partir de la trilogía que se compone de la *Entrevista a Mailer Daemon* (La Fábrica, 2007), *Tártula 2020 - un film de Mailer Daemon* y *Brindis con odorware*. En esta puesta en escena conviven el texto narrativo y la canción: fragmentos de las novelas y música escrita especialmente para esta obra. El montaje se inspiró en la teoría que Italo Calvino expone en *Si una noche de invierno un viajero,* libro en que dijo que, de todos los tipos de lectores que existían, el que más le interesaba era aquel capaz de evadirse en sus propias historias.

Chiappe, Hernández y Ramírez (Ateneo de Madrid, 2008)

En *Hiperfonías de Mailer Daemon,* este viaje de vuelta del mundo digital al real, el protagonista es el lector del libro que avanza por las páginas al tiempo que permite que el espectador conozca sus pensamientos más íntimos, reflejados en la letra y cadencia de las canciones.

En el escenario, la lectora se evade del libro durante algunos instantes para dejar fluir su inconsciente. En la lectura se habla de un futuro donde los gobiernos son privatizados, las ONG dominan al mundo, existe una empresa que se dedica a vender los horrores filmados en vídeo y un hombre recorre el mundo para encontrar al Maligno y convencerle de que realice un acto de contrición. Los pensamientos del lector se reflejan en canciones compuestas al mismo tiempo y ritmo que la escritura de la novela. Se aporta así, en un plano metanarrativo en tiempo real, la voz del lector, combinada con las interpretaciones que los ejecutantes dan al texto y las palabras-iconos que, proyectadas por Jota Palacios, narran por medio de golpes visuales. Polifonía sobre polifonía.

Voces en las *Hiperfonías de Mailer Daemon* (Ateneo de Madrid, 2008)

La teoría, las explicaciones, las divagaciones y las buenas intenciones no sirven de aval ante el lector-espectador-usuario-interventor, que sólo se anima o desanima, aplaude o abandona la sala. Es la hora de los argumentos y la sentencia. Si se demuestra capaz de transmitir su mensaje, prosigue con vida. De lo contrario, sucumbe al olvido. Cualquiera que sea el veredicto, el creador multimedia debe proseguir con la exploración del lenguaje, con el labrado de nuevas obras, con la confrontación entre lo aprendido y lo intuido. El escritor explora en el lenguaje y se sirve de la tecnología, y no al revés.

Escribir en el lugar sin límites

Rafael Fauquié

Nuestro mundo en nuestro tiempo: espacio saturado de todo: de gente y comportamientos, de objetos y opiniones, de verdades y confusión. Nos hemos acostumbrado, la mayoría de entre nosotros, a vivir en colosales megalópolis donde nos aglomeramos dentro de muy reducidos espacios propios: el hogar, el sitio de trabajo... A lo largo de muchas horas todos los días, en medio de la pequeñez de esos sitios personales, nos relacionamos con el mundo a través de nuestras computadoras: ventanas que lograron hacer realidad la profecía de Marshall McLuhan de un mundo humano convertido en aldea global. Recientemente leí una frase llamativa: "La vida no está más en la biología sino en la comunicación". La comunicación es la sangre de nuestro tiempo, la fuerza que lo mueve, la estructura de su sintaxis. Nuestra era ha sido llamada la del diálogo, y nuestra sociedad ha sido definida como "la del espectáculo"; visiones, ambas, que apelan a lo mismo: a cercanías y encuentros, a recepción y pluralidad.

Un lugar que encarna ese muy contemporáneo ideal de comunicación es el ciberespacio: sitio donde las palabras y las imágenes se hacen mensaje. Desde siempre hubo mucho de utopía dibujándolo. En su "Manifiesto por la Independencia del Ciberespacio", John Perry Barlow expresó el sentimiento de todos aquéllos que percibían la red como un refugio donde la interacción humana debía carecer de límites; libertad de las ideas expresándose interminablemente,

paradigma de la inmaterialidad de todas las opiniones y de la igualdad de todas las creencias. Cito un fragmento del manifiesto de Barlow: "Debemos declarar nuestros 'yos' virtuales inmunes a vuestra soberanía, aunque continuemos consintiendo vuestro poder sobre nuestros cuerpos. Nos extenderemos a través del planeta para que nadie pueda encarcelar nuestros pensamientos. Crearemos una civilización de la mente en el ciberespacio. Que sea más humana y hermosa que el mundo que vuestros gobiernos han creado antes".

Dentro del ciberespacio, los límites se hacen volátiles; o mejor: se desvanecen. Él es lugar de linderos siempre nuevos o nunca del todo definidos. En el caso de la escritura literaria, por ejemplo, las voces de los seres de palabras aparecen en la red abiertas a todas las lecturas, rápidamente cercanas a muchísimas miradas. Si leer implica siempre una aventura o un avance, la lectura en el hipertexto se vuelve acción impaciente en busca de nuevos enlaces y más amplios o más especializados contenidos; lectura donde la información suele aparecer de pronto, sorpresivamente. Pero si la red establece nuevos límites para la lectura, igualmente supone nuevas territorialidades para la escritura. Quien escribe coloca inmediatamente sus palabras dentro de la Internet: sin intermediarios ni largas esperas entre el fin de la escritura y la realidad de la publicación. Todo ser de palabras tiene la potestad de ofrecer sus voces: a la vista de todos; horizontalidad de los mensajes que unos escriben y que otros leen.

Desde luego, la Internet no acarreará, ni mucho menos, la muerte del libro. Por mucho tiempo, ambos: libros y publicaciones virtuales, continuarán coexistiendo; pero también es cierto que el ciberespacio irá haciéndose, cada vez más y más, ilimitada posibilidad de comunicación entre autores y lectores; y que, a diferencia de lo que sucede en el mundo tradicional del libro, la voz del ser de palabras podrá recorrer, libre y leve y suelta, los amplísimos espacios del lugar sin límites. Hace poco leí un comentario escrito por Joaquín María Aguirre, director de *Espéculo,* una de las publicaciones virtuales más importantes en lengua española: el eufemismo de que a lo largo de la historia de la literatura existieron muchos autores que no fueron reconocidos en su momento porque no eran "hijos de su tiempo" no se sostiene. Todo ser humano es siempre hijo de su tiempo. Todos somos producto de las circunstancias que nos rodean. Y si hubo muchísimos seres de palabras que en su época no fueron reconocidos o escuchados fue porque no existieron los medios para que sus voces pudiesen trascenderlos, porque no hubo lectores para eso que ellos escribieron.

Monologando en el diván de la blogosfera

Rolando Gabrielli

El blog o bitácora no es más que una retórica personal, un abuso casi insaciable del ego y muchas veces, un miserable abandono de la realidad. Después de todo, la realidad es nuestra primera fuente de sospecha. Una gran excusa para ficcionar, una coartada a la que debiéramos negarnos. Somos engañados tanto por la realidad como por los espejos que quisieron perpetuarnos la juventud un día de gloria. Es como un parpadeo frente al semáforo, la pequeña historia se cuela, hacemos el cambio y como si el sol nos bañara en silencio, volvemos a la avenida, al tráfico, a la realidad. El blog o bitácora es el monólogo perfecto. Un lugar para privilegiar los anónimos y el voyeurismo, instituciones con personería jurídica en Internet. Todo vicio es plausible, un anexo que cargamos con nuestra humanidad. Los clubes existen para asociar la ausencia, el déficit, la monotonía de un tiempo que ignoramos, quizás el amor inconfesable a la banalidad. Es una herramienta, sin duda, pero se ponen las vísceras, el hígado, un pedazo de la vida, en no pocas ocasiones, en este monitor indiferente, que nos observa casi con desdén, como una diva que ha resuelto las próximas cien taquillas.

Hay monólogos que conversan con uno, pero éste se expande al infinito, no tiene horizonte, ni ruta, sólo vagas señales como un náufrago en la noche lanzando bengalas. No es una metáfora, ni una imagen de paquete, con etiqueta y todo, sino la realidad. La mujer del botones me dijo un día en un hotel, que el escritor que iba a quedarse unos días, escribía para exprimir unas pocas lágrimas de cocodrilo a un limón. Esa fruta ácida, decía, nos atraviesa con la avaricia de una lágrima sentimental, casi con rencor y se nota cuando la exprimimos, la fuerza de sus sentimientos, la razón de ser de su espíritu agrio y bondadoso a la

vez. No sé cómo explicarle, me dijo. En su mirada adiviné que sus palabras eran sinceras, no había farmacopea en ellas, química de segunda clase, provincial.

Ella, la señora del botones, disfrutaba planchando, poniendo a punto el uniforme de su marido, en soledad, con el mismo orgullo y paciencia de Penélope, que no faltara ni un hilo, botón, a su capitán, que se instalaría frente al barco de cemento sobre la puerta de vidrio con una sonrisa de buzón.

En la breve historia de los blogs o bitácoras, cabe recordar su origen y furor. Surgieron en medio de las tinieblas, cuando la verdad se extravió en los grandes impresos del norte, la tinta se pudrió en la conciencia de los medios que faltaron a la verdad. No es que hayan mentido del todo, sino soslayaron la verdad, los hechos, la realidad en un intento por parafrasear a Broadway.

La historia nunca dejará de ser historia y borrada una y otra vez por un presente autoritario, fantasioso, que la vuelve a contar. Había una vez, no es cosa del pasado, sino del futuro.

Tanto repasan la misma noticia con sus máquinas centrífugas los medios digitales, la TV en primer lugar, que el abecedario desconfía de sus vocales, declara en cuarentena a sus consonantes y en verdad las frases no se atreven a salir a la calle. Los blogs o bitácoras son un instrumento para el periodismo independiente, veraz, el de la vieja escuela interpretativa, para el reporteo inteligente, audaz, inclaudicable. Así surgieron y ese es un camino para hacer frente al basurero informativo.

Hay quienes cuelgan poemas como mensajes de SOS, textos, música, fotos, imágenes, noticias, opiniones, peticiones, un repertorio nunca visto de subjetividades y pasiones. La premio Nobel austriaca Elfriede Jelinek ha apostado fuerte al blog o bitácora colgando capítulo por capítulo su recién concluida novela, *Envidia: Una novela privada*. La apuesta es más alta aun, no va a editarla en papel.

La realidad es un subproducto de los hechos y aunque un viejo clásico nos inste desde su traje blanco de crupier de Las Vegas, a salir a buscarla para a través de la crónica novelarla, es un mero subterfugio para olvidarse de la imaginación, porque la realidad en estos tiempos pareciera estar en todas partes y en ninguna. Un dios severo, guerrero, actúa como si fuera su custodio inmerso en la galaxia de su agujero blanco, libre de smog, supremo pastor de ovejas díscolas. El periodismo no morirá (sic), dijo a continuación Tom Wolfe en la Feria del Libro de Buenos Aires y dijo, algo parecido, a que sólo la realidad hace posible la novela. Ya le había disparado a quemarropa, matándola. ¿Tantos salvadores para un mundo insalvable? *La literatura seguirá siendo un territorio*

desconocido, lugar de aventura y sueños. Allí, donde los espejismos se convierten en realidad.

Los blogs o bitácoras son otra cosa, bengalas en manos de ciegos, sordos, mudos y por supuesto de personas con creatividad, talento, conocimiento, humor y ganas de contar historias, relatar situaciones, difundir verdades, contaminar la atmósfera con palabras personales. Es un paso desde el diván. Qué diría S. Freud de esta manera de desnudarse, claro, muchos con la máscara puesta. Sorprende que no sólo los lectores internautas sean anónimos, sino que los propios autores de los blogs se escondan detrás del monitor. ¿Temor, humildad, cobardía? Hay todo un capítulo por escribir sobre el tema y más de algún psicólogo ya debió haberlo hecho.

Los blogs o bitácoras no amenazan a nadie, son como una esperanza de cronopio, desahogo frente a la mudez verbal del mundo, esa retórica tan falsa como un peluquín de viudo de verano. Son pequeñas luciérnagas que se abrazan en la noche oscura de los tiempos y se hablan en voz baja para no despertar a los gigantes, dueños de las tormentas. Un blog o bitácora debiera ser una criatura sensible, infantil, llena de sentimientos, con los ojos abiertos y los brazos también, algo que no pese más que una pompa de jabón o una mota de algodón. No sé si existirán los blogs o bitácoras pecosos, de mirada pícara de yo no fui.

En la cadena montañosa de la información, con sus Himalayas, Kilimanjaro, Everest, Urales, Apalaches, los blogs o bitácoras son pequeños volcanes, más bien quitados de bulla, apagados y fugaces caminantes solitarios.

¿La palabra volcán es femenina o masculina? ¿Tiene eso alguna importancia? ¿Una erupción verbal es tan poderosa como esas cenizas que atraviesan lagos, montañas, ciudades? Siento que un blog o bitácora es una herramienta, un espacio privilegiado no sólo para hacer sombra antes del ring, sino para pelear en el cuadrilátero. La poesía, por ejemplo, no requiere guantes de boxeo, su *punch* son las palabras, el lenguaje, la imagen, lo no dicho anteriormente. Un blog o bitácora debe tener poesía como parte del balón de oxígeno de quien bucea en él. La red es un mar de palabras cruzadas, babilónicas, entonces lo del buzo encaja perfectamente y no crea, amigo lector, que me estoy yendo por las ramas o el fondo marino. El mundo pareciera estar detenido en la Fontana de Trevi con Marcelo Mastroiani y Anita Ekberg en *La Dolce Vita* de Fellini, pero es más bien un espejo de agua anterior a esta época. La Bergman y Bogart despidiéndose siempre en Casablanca (la vida es un riesgo, como la palabra, hay que aventurar), mientras Marilyn, con sus magníficas piernas, no saldrá nunca de la historia de Hollywood. La Estatua de la Libertad permanecerá como una interrogante a partir del futuro inmediato pasado presente. Los globos corazón,

vuelan, van a la mar que es el morir. Y en la palabra, Rimbaud, Rulfo y Kafka en un juego de persianas que dejan pasar la luz tibia de un atardecer cualquiera. Rimbaud se instaló en la modernidad y Rulfo, que viaja con nuestros muertos como si nada. Una página es una página, amigo lector, no la de vuelta mientras pueda.

Sigmund Freud, el viejo criticado, amado padre del psicoanálisis, dueño del diván, se revisa a sí mismo, en teoría y práctica, lo que le faltó o sobró y acertó. Humano este Sigmund que no quiso ser Sigismund y nació en la ex Checoslovaquia, como Kafka, quienes nos perfilaron una parte importante del mundo que conocimos como tal. Las otras fotos que acompañan esta página forman parte de mis fetiches, pasado, origen, ruinas, futuro quizás, de la flora y fauna que me acompaña en vida y sueños. El copihue y el toqui lautaro (halcón ligero, en mapuche), una identidad ineludible. Esos momentos no programados ni siquiera por el azar y escritos, sin duda, con la tinta de *Las mil y una noches*.

Revoluciones

Álvaro Giménez García

La imagen[1] que ahora mismo contemplo a través del buscador *Google* me muestra un cuadro anónimo del siglo XV. En él dos personas, de largas y blancas barbas y de aspecto venerable, miran un papel con cara de extrañeza y asombro. A sus pies, un fajo de papeles idénticos en los que se distinguen unas letras impresas se desparrama por el suelo ante la indiferencia de los personajes. Tras ellos, como un monstruo a punto de devorarlos, se sitúa una pesada prensa por la que asoma la cabeza curiosa de un personaje que intenta ojear el papel que los dos hombres barbados examinan. Uno de estos hombres es **Gutenberg** y las copias ante las que se muestra indiferente esconden el fruto de su hallazgo: la posibilidad de que un escrito se reproduzca hasta el infinito, sin necesidad de copiarlo a mano, y de que llegue a un número de personas amplio. Y no sólo eso. Auspician además la certeza de que lo escrito en ese papel perdure más que en uno que ha sido copiado a mano. A pesar de ambas virtudes, la cara de Gutenberg y de su acompañante no llega a reflejar la trascendencia que con el tiempo tuvo y sigue teniendo este invento, pero sí la del personaje que, escondido en los engranajes de la prensa, intenta adivinar lo que pone en el papel. Esa reacción, esa mirada es la que muchas personas pondrían a partir del siglo XV, después de que el inventor alemán crease ese artilugio parecido a una guillotina a punto de *merendarse* una cabeza. Esa mirada es la que delata *"un cambio o transformación radical y profundo respecto al pasado inmediato",*[2] es decir, una ***revolución.***

---

1. *Gutenberg, inventor de la imprenta.* Pintura anónima del siglo XV.

2. Definición extraída de Wikipedia.

Siglos después, esta palabra, tan usada para sancionar los momentos más gloriosos de la humanidad, vuelve a alcanzar un punto álgido en nuestra época actual. A través de una pantalla de dimensiones variables, se relanzan las virtudes que Gutenberg engendró con su invención. Esa pantalla, la de un ordenador, enmarca, como en el cuadro anónimo que he descrito, un microcosmos al que denominamos **Internet** y que nos sitúa en un mundo paralelo en el que todo puede renacer, recrearse, difundirse y perdurar para siempre. Así ocurre con la literatura. Si con Gutenberg y la imprenta la literatura comienza la democratización de la lectura y su conversión paulatina en un bien de consumo y placer, con Internet, se produce un segundo impulso democratizador. Éste no sólo alcanza al lector, sino, muy especialmente, al escritor.

De este modo, por un lado, el lector se encuentra con un medio donde puede leer cualquier texto de cualquier época y en cualquier idioma. Pero además, puede saltar las fronteras entre él y el autor y emularlo, añadiendo su opinión, su impresión o su imaginación en forma de texto literario, para que otros lectores lo lean y, como él, renueven el círculo de la recepción y la creación. Es así como comienza a crecer una nueva literatura, paralela a la editada, pero no por ello menos valiosa. Es la literatura digital.

Las ventajas que esta nueva literatura posee frente a la convencional, a aquella que se destina a reposar en anaqueles de bibliotecas y estanterías de nuestros hogares, son múltiples. La principal, sin duda, es la difusión que puede llegar a tener. Para que un escritor consiguiese que su libro cruzase fronteras y fuese traducido a varias lenguas, su obra debía tener una repercusión y un trabajo de propaganda ingente. Por el contrario, un texto literario digital se puede ver en cualquier parte del mundo, por encima de fronteras e idiomas, haciendo un simple ***clic.*** De otro lado, la perdurabilidad de un texto digital puede ser casi infinita. Si los libros que imprimió la máquina de Gutenberg ya suponían vencer en gran parte el efecto aniquilador del tiempo en la tinta manuscrita, los digitales convierten al tiempo en un aliado que se ve incapaz de borrar lo escrito. Por último, los cauces para que alguien vuelque su obra en Internet son infinitos: blogs, revistas literarias, portales y foros dedicados a la literatura, etc...

Todo ello convierte a Internet en un gran taller literario donde cada uno de nosotros, escritores o lectores, o ambas cosas, somos un fino, pero fundamental hilo, de la gran *telaraña* que componen las páginas de la literatura digital. En nosotros está la tarea de que esa telaraña se componga de bellas palabras al igual que, durante siglos, los grandes escritores infundieron belleza a la sencilla tinta de las prensas que Gutenberg pergeñó.

El habla, la escritura y el libro

Ernesto Fernando Iancilevich

El hombre cultiva palabra y pensamiento en el habla, y producto testimonial de su labranza es la escritura. En ésta, **la escucha** deviene **un decir: el decir de la escucha** pronuncia **la palabra necesaria.** La posibilidad del habla le ha sido dada al hombre para escuchar-se en la palabra; vale decir, cuando el hombre pronuncia la palabra, se anuncia en ella, se presenta, **se dice a sí mismo,** y en este **decir-se, decide** la orientación de la propia vida. De un modo categórico, **la escritura constituye el registro de la memoria de esa presencia y de esa decisión de ser: la historia del ser queda, así, abierta, derramada en el desarrollo de lo más alto y profundo del hombre: su libertad para decidir ser el que es.**

Conócete a ti mismo y sé el que eres, nos enseña la tradición en la voz de Apolo-Pitio.

Sócrates y Píndaro no fueron sino transmisores de algo más antiguo que ellos mismos e, incluso, anterior al pensamiento y la palabra: la sabiduría. En tal sentido, ya para despejar cualquier duda al respecto, diremos que la sabiduría no es un saber excelso o sublime, sino la superación de todos los saberes, aquel conocimiento que está más alto que la altura del hombre y lo sobrepasa y espera. La sabiduría busca al hombre, y éste se encuentra a sí mismo en la sabiduría, humano más que humano.

La escritura, si no se extravía en la contabilidad de un tener y sostener de

periferia, es la historia del habla: **decir del pensamiento en la palabra.** Para expresarlo de la manera más simple y para quien pueda comprenderlo: **el habla es el habla del ser y la escritura es la escritura del ser**.

El libro, como producto de la escritura, constituye un puente comunicacional entre el centro metafísico (donde el hombre se conoce y es el que es) y la zona de existencia (donde se sitúa y actúa). Sin rodeos: el libro es una cosa material, un soporte físico para un contenido intelectual. Pero, ¿es válido suponer que constituye el último eslabón de una cadena de producción escritural? Desde las tablillas sumerias y las inscripciones egipcias talladas en piedra hasta el libro impreso, el hombre ha contado y cantado la historia del ser: *epos* o *poiesis*. Un estudio arqueológico develaría las capas o niveles de cultura presentes en la producción escritural, vale decir, el valor agregado con que el hombre se decide en la historia.

No nos preocupa que el soporte físico cambie, porque el cambio le es connatural al mundo físico. ¿No es acaso la historia una adaptación cultural de la tradición? La transmisión espiritual necesita soportes simbólicos y su permanencia está garantizada por la adaptabilidad al cambio. De donde el libro impreso, entonces, no viene a nosotros como señal culminante de un proceso, sino como augurio de formas de exploración en las que el hombre dirá lo suyo. En ello, hemos de ver que lo antiguo se recibe en lo nuevo no sino para conservarse. **La palabra necesaria y su escritura posible, la tradición en la historia, constituyen la celebración humana del saber-se hombre.**

Libro digital, holográfico o mental, el recipiente aparece como el medio cultural más apto para cada época.

E-publicado

Martha Beatriz León

En este incierto universo de la literatura, donde la mayoría de los que queremos ser llamados, a pesar de nuestras inseguridades, escritores, con parámetros para medir nuestro talento, ese del que dudamos tanto, tan variables como moda, casa editorial, medio difusor —ahora hay videolibros, sólo por nombrar algo— y tendencias, amén de estar sujetos a todo tipo de trampas cazatalentos —en efectivo, claro—, la publicación en un medio digital es una bendición.

No que no tenga sus bemoles, eso de exponer tu trabajo está sujeto a plagio, a considerarte publicado o no si deseas exponer tu obra mas allá y llevarla a un prestigioso concurso, caer tu información y talento en manos inescrupulosas. Pero enlazar tu obra a un medio que por lo general está disponible 100%, no se lo comen las polillas, puede accederse desde cualquier lugar del globo y evita las limitaciones físicas que impone el medio real, dejando sólo las que determine la línea editorial del *emedio,* supone más ventajas que problemas.

Y la sensación de ser reconocido, sobretodo en revistas digitales de prestigio como la cumpleañera (http://www.letralia.com) supera cualquier temor de ser "uno más" en la red. Aunque eventualmente el trabajo pueda *perderse* entre tantos *bits* y *bytes,* se conservará para aquellos que quieran llegar a él, cualquiera sea su generación y cualquiera el momento que escojan para llegar a ella. Y evitando usar una falsa modestia, será preservado para el más importante de los lectores: el autor, ser *e-publicado* te permite evaluarse, crecer y recorrer con un toque del ratón el camino de la propia creación literaria.

Cervantes digital, o la aventura de la tecnología

Ulisses Paniagua

> *"Le debemos tanto a las letras. Yo tengo ese culto del libro.*
> *Yo sigo jugando a no ser ciego, sigo llenando mi casa de libros.*
> *Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad".*
>
> Jorge Luis Borges.

Imaginemos, por ejemplo, una biblioteca fantástica, de esas del tipo que a Borges le apasionaban, de esas que permiten construir a Umberto Eco una intriga medieval en un monasterio sórdido y solitario. Seguro podremos acceder con la imaginación a los propios libros, esos curiosos objetos que deseamos tocar, admirar, olfatear con avidez. Pensemos, tal vez, en la biblioteca personal que día a día venimos alimentando en nuestra casa. Aquello que se convierte en un monstruo voraz que requiere de espacio y cuidado.

Al imaginar una biblioteca nos viene a la mente el propio cuerpo de los libros. La parte deliciosa que nos acerca a la literatura de manera un tanto fetichista. Es inevitable admirar la tipografía o la imagen cautivadora de una buena portada; es ineludible gozar con los forros y los interiores de una novela. Porque el libro actúa, cuando menos en los lectores conservadores, como un objeto sagrado, un ente complejo en el cual es casi imposible separar el todo de las partes. El libro se convierte así en una extraña y atinada maquinaria donde página a página, el oficio y la maestría de un escritor nos conducen a una realidad paralela, un mundo aparte. Ese mundo, sin embargo, parece emerger, como una fórmula alquimista, desde la página en blanco. ¿Qué sería de nosotros sin

el contacto físico del libro? ¿No parece, de manera pueril, que al abrir un libro y aquilatarlo con las manos —mientras seguimos las líneas, interesados o llenos de encanto— ejercemos cierto dominio sobre la historia? Y sin embargo nos dejamos conducir, dóciles, hasta donde el autor lo decida. Gracias al libro tradicional el lector parece sentirse cómodo e intrigado por una buena trama, y por supuesto esto se debe en gran medida al contacto que se establece entre el lector y el objeto.

Al respecto, el propio Borges, en 1978, opina al respecto:

> "De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono, de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: es una extensión de la memoria y de la imaginación".

Cómo debatir una opinión tan contundente. Pero he aquí, que absortos en la contemplación casi primitiva del libro-objeto aparece en las últimas décadas una nueva modalidad, el imperio gratuito y práctico del libro digital. Entonces el lector más ortodoxo se levanta, da un manotazo sobre la mesa, indignado, y abandona la sala. Para tal personaje sería imposible construir una biblioteca tan asombrosa como la de Alejandría, porque resulta que con algunos cientos de CDs, los cuales no ocuparían más de una habitación de cuatro por cuatro, se podría resumir todo el conocimiento. Amén de la función de escenografía que inviste a la biblioteca de un carácter litúrgico, ritual. Para leer a Cervantes, hoy en día, bastaría con encontrar el *CD* apropiado, insertarlo en el *PC* y dejarse guiar por el mundo personal del autor, a través de esa pantalla fría e incómoda que desfila ante nosotros. El libro digital, por tanto, sufre de una desventaja muy grande ante su adversario: la falta de calor humano. Los pixeles de una computadora —y eso cualquiera lo sabe— no están diseñados para el ojo si se requiere de una larga jornada de lectura. El tacto y el olfato, además, no son estimulados por un vulgar monitor. Pero no nos dejemos engañar por una conclusión fácil y evasiva. Se trata de una contienda encarnizada, y es muy válido preguntarse si el libro-objeto es verdaderamente mejor que el libro digital.

Es aquí donde accedemos al otro lado de la discusión, como si volcáramos un reloj de arena, cuya contraparte habrá de equilibrar el asunto a tratar. Y es que, aunque es verdad que las ventajas sentimentales y sensoriales del libro-objeto son innegables, también es cierto que la globalización, lejos de lo que un mal empleo del término ocupa, nos hace gozar de enormes beneficios. Hoy en día, si queremos conocer un poema de César Vallejo o alguna disertación de Julio Cortázar, basta con ingresar a un buscador en *Internet* y muy probable-

mente nos llevemos una grata sorpresa. En cuanto a libros digitales se refiere, baste decir que me fue posible leer *Yonqui,* de Burroughs, gracias a los avances de la red. El libro digital ofrece tres importantes ventajas: fácil distribución, universalidad y economía. El libro en red es barato, accesible. Lo cual perjudica también —entrando ya al asunto de la ética y el compañerismo— el bolsillo del autor, quien parece haber cedido los derechos de su obra, en la búsqueda de la distribución, a cualquier hijo de vecina que prefiera conseguir el libro digital en la red, en lugar de comprar el libro tradicional en una librería.

Como podrá notarse, el tema se vuelve más escabroso a cada momento, como si nos internáramos en un laberinto, vaya a saber si de circuitos o de celulosa, en el cual tenemos que conducirnos por caminos que tal vez no nos agraden del todo. El dilema, por supuesto, no es una casualidad. Se trata de un reflejo evidente de la sociedad contemporánea. Una sociedad donde la comunicación y la accesibilidad se contraponen al valor humano. ¿Qué es entonces lo correcto? ¿Existe acaso lo correcto? ¿Si puedo difundir cultura de manera masiva y práctica, cometo una falta, una imprudencia? ¿Si no respeto el criterio del escritor, al difundir su obra, soy desatento? Los límites entre una y otra propuesta parecen ser muy endebles, y eso, creo, se debe en gran parte a la falta de difusión cultural en todos los países, y a la inmensa pobreza que agobia al mundo, especialmente a los países tercermundistas. A veces considero —y llámenme ingenuo— que si disfrutáramos de la capacidad económica de una potencia mundial, podríamos acceder a los libros digitales, pagando la contribución correspondiente al autor. Mientras tanto, en la realidad, el libro digital se convierte en una solución para el bolsillo del lector pobre.

Volviendo al tema, vale aclarar que ni el propio Umberto Eco pudo negar, en su momento, las ventajas de la digitalización del libro. Pero se limita a elogiar el uso de la misma para diccionarios, referencias e investigación científica, concluyendo que para las novelas y ensayos el libro-objeto sigue siendo la mejor experiencia.

Considero que las conclusiones de Eco al respecto son muy atinadas, aunque limitadas. La digitalización del libro nos permite acceder a literatura que no tenemos al alcance de la mano. Es así como un traductor hindú, por ejemplo, puede hacerse de las *Novelas ejemplares* sin necesidad de viajar a un país de habla hispana para conseguirlas, situación que Eco no alcanza a vislumbrar. Por supuesto, el hindú deberá, antes que nada, investigar la situación correspondiente a los derechos de autor de dicha obra. Y es que, como ya lo mencioné con anterioridad —y vale la pena reafirmarlo— el plagio es un peligro constante en la red.

¿Qué podemos esperar entonces del libro digital en el futuro? ¿Es verdad, como dicen esos paranoicos profetas, que el libro tradicional está a punto de extinguirse? Desde luego que no, porque no hablamos de dos libros diferentes, sino del mismo libro, de ese que proviene de la raíz honda y fuerte que se llama literatura. A la tecnología hay que asumirla como tal, y no temerle. Está alrededor de nosotros para utilizarla, para vivir y leer mejor. Yo, por ejemplo, prefiero imprimir algún artículo de la red que me interese, porque aún no encuentro ningún sustituto tan delicioso como la página, limpia y tersa, en mis manos; pero reconozco, claro está, que esa página jamás hubiera llegado a mí si no existiera la comunicación digital. Creo que a Cervantes no le hubiera disgustado del todo verse publicado en la red, aunque seguro preferiría leer el *Quijote* en su versión original y maravillosa de imprenta.

Escritura, memorial de futuro

Luisa Pastor Martínez

La literatura, como todo producto artístico, y, por ende, humano, vive pendiente de las revoluciones. La primera de ellas, a mi entender, es la escritura, esto es, el hecho de reconocer que determinados textos merecen ser rescatados de la liviandad oral y quedar como testimonio para las generaciones que le sucedan, convirtiéndose, al decir de Georges Jean, en *"memoria de la humanidad",* expresión que sirve de rótulo a su exquisito libro acerca de la historia de la expresión escrita.[1]

En efecto, la grafía ha hecho posible aplicar el término de perdurabilidad a la obra literaria, y, además, ha colaborado en ampliar su capacidad de alcance. Salvando las limitaciones de la presencia física, el texto vuela a las manos de cualquier letrado, y, cuando se lleven a la práctica las primeras traducciones (evidentemente, correspondientes a la *Biblia),* pasarán a ser patrimonio universal.

Esta literatura gráfica no irrumpe para acabar con la oralidad, muy al contrario, colabora con ella y se nutre de sus logros. Pensemos, por ejemplo, en la figura del aedo o juglar, artista de memoria tan portentosa como para retener esos miles de versos épicos con que amenizaban los ratos de ocio de sus coetáneos. La escritura es ayuda impagable para el acopio de materiales con que en-

1. *La escritura, memoria de la humanidad,* Barcelona. Ediciones B, 1998.

riquecer su repertorio y un bastón con que apoyar la nemotecnia. Por otra parte, quienes escriben la literatura, tienen los oídos bien atentos a la savia del folclore, que corre en labios del pueblo, muestras artísticas de ese ingenio colectivo tan admirado por los críticos literarios de corte romántico (en el caso hispánico, facción representada magistralmente por Ramón Menéndez Pidal). La *Biblia,* por citar un ejemplo señero, da cuerpo a toda una serie de relatos que habían sido transmitidos oralmente de generación en generación.

Si queremos aludir en concreto a la literatura hispánica, pensemos en el Romancero, conjunto poético excelente en que la oralidad ha dejado huella indeleble, o en el caso del Marqués de Santillana, prendado de la figura de la serranilla, tan presente en la poesía popular, como atestigua el mismo Arcipreste de Hita, sin tamizarla, a diferencia del aristócrata, con el influjo de la pastorela francesa.

Con todo, ¿quiénes disfrutan del deleite literario? En principio, sólo unos pocos. Si nos retrotraemos a la Edad Media, corroboramos que la cultura quedaba arrinconada en los manuscritos que poblaban las bibliotecas de los monasterios y las privadas de los nobles. La literatura es un artículo de lujo y extraño, teniendo en cuenta la ingente masa de población analfabeta. Únicamente la lectura en público y la labor de los juglares podrían compensar ese déficit.

Esta situación se verá modificada en parte con el advenimiento de otras dos grandes revoluciones: primera, la sustitución del pergamino por el papel (en absoluto baladí, teniendo en cuenta que lo costoso del proceso de curtir las pieles y prepararlas para la tinta propiciaba la costumbre (¡tan desafortunada para la conservación de las obras!) de reescribir sobre la misma piel, como medida de ahorro, y la segunda, la invención de la imprenta. El abaratamiento de los costes de producción merced a estas innovaciones propiciará la difusión de la obra en un radio de público cada vez mayor.

Decir que la imprenta supone la democratización del saber no deja de ser una falacia, una exageración, pero cierto es que significa el primer paso decisivo para la puesta en marcha de ese proceso. Digo esto porque el libro sigue siendo un objeto costoso para muchos ciudadanos y, además, sigue evidenciándose el problema de base: todavía en el siglo XVIII un ochenta por ciento de la gente carece del conocimiento de la escritura y la lectura.

Será precisamente con la Ilustración y sus campañas en pro de la cultura cuando se empiece a advertir un verdadero auge editorial al concebir el libro como un objeto más de consumo, si bien sigue restringida su adquisición a una minoría ilustrada. Para hacer de él un producto asequible a un mayor número

de lectores se recurre a estrategias como la puesta en marcha de librerías ambulantes, cuyos volúmenes daban en préstamo tras pagar el cliente una cantidad mensual por su disfrute. Los gabinetes de lectura desempeñarían una función similar. Éstos, como indica Aguilar Piñal,[2] *"son una mezcla de comercio público, tertulia, biblioteca y lugar donde el interesado puede encontrar recado de escribir"*. Al mismo tiempo, irán gestándose las primeras bibliotecas universitarias y de otros organismos culturales, como la Biblioteca Real (1712), antecesora de la actual Biblioteca Nacional.

En el Romanticismo asistimos a varios avances importantes. En primer lugar, a pesar de las represiones habidas en el reinado de Fernando VII, periodo en que la censura estuvo especialmente activa, la impresión y el comercio de libros adquieren desarrollo. En segundo lugar, empiezan a diferenciarse los papeles de impresor y editor y, por último, se aplican los logros de la Revolución Industrial a la empresa del libro: la mecanización llega a la imprenta. Acerca de este aspecto informan Pedraza y Rodríguez: *"En 1840-1845 se crean las primeras fábricas de papel continuo, en bobinas y no en pliegos, obtenido a partir de la pulpa de madera, que sustituyó a los trapos viejos. Las nuevas máquinas producen cerca de una tonelada diaria de papel. (...) En 1818 se introduce en España la litografía. La rotativa, creada en 1828, se incorpora a los talleres del Diario de Barcelona en 1838"*.[3]

Ya que hemos hecho mención de la prensa, aprovecharemos para decir que su consolidación y su alianza con el arte literario es la siguiente revolución. La gaceta, el periódico, informa de las corrientes artísticas, hace publicidad de las obras que circulan con éxito en Europa y es, incluso, medio de publicación para los escritores del momento. Recordemos, por subrayar la importancia de este efecto, el papel que desempeña la revista *El Europeo* (en Cataluña, ve la luz entre los años 1823 y 1824) para el advenimiento del Romanticismo a nuestra estética. En prensa se publicarán desde los difamados folletines a escritos de mayor calado con firmas de la importancia de Valera, Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Pío Baroja, Ortega y Gasset... Esta colaboración en prensa dará lugar al fenómeno de la novela por entregas, muy abundante en el siglo XIX, como medio de que el proletariado se incorpore definitivamente al conjunto de consumidores. La pionera en el campo de la literatura por fascículos es Francia, que cuenta con revistas especializadas en ello, como la *Revue de Deux Mondes* y la

2. *Introducción al Siglo XVIII,* en *Historia de la literatura española,* dirigida por Ricardo de la Fuente, tomo XXV, Júcar, Madrid, 1991.

3. Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez Cáceres, *Las épocas de la literatura,* Ariel, Barcelona, 2002 (primera reimpresión).

Revue de Paris, en cuyas páginas colaboraron plumas tan distinguidas como Balzac. Entre los autores que alumbran el género destaca la figura de Eugène Sue, con las novelas *Los misterios de París* o *El judío errante*. Tras su estela, enriquecen esta modalidad otros tantos artistas de nombre egregio: Galdós, Dostoievski, Tolstoi, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Stevenson, Salgari...

Con todo, gran parte de las obras que se idearon de tal manera adolecen de falta de calidad literaria. Como advierte Natalia Bernabeu Morón,[4] *"al editor de la novela por entregas no le interesa la literatura sino la economía: su intención es ganar dinero"*. De hecho, los ingredientes de todas esas producciones venían a ser los mismos; el propio editor, demostrando un agudo conocimiento del público consumidor *("las masas asalariadas, llegadas del campo a las zonas urbanas, nuevos lectores, con bajo nivel cultural y económico, y, en su mayoría, mujeres"),* orientaba al autor contratado para tal fin *("a cinco euros la entrega"),* lo que no evitaba que en cualquier momento el contratante cambiase de pluma a su antojo.

Así pues, se trata de un medio en el que era muy fácil caer en el desprestigio postrero, a no ser que el talento del artista superase las limitaciones y convenciones del molde, como es el caso de las autoridades antes citadas.

Llegamos así a la última revolución: la digitalización, fenómeno que empieza a gestarse en la década de los setenta del siglo que hace poco dejamos atrás y que da sus primeros frutos en los ochenta. En 1981 sale a la venta el primer libro electrónico: *Random House's Electronic Dictionary,* pero será a partir del 2000 cuando alcance verdadero auge, gracias al novelista Stephen King, con el lanzamiento al mercado a través de la red de su novela *Riding the Bullet (Montando en la bala)*. La primera entrega electrónica consiguió en veinticuatro horas, como indica Carlos Fresneda,[5] la friolera de cuatrocientos mil compradores, hecho que indujo a muchos editores a proclamar el lanzamiento de la nueva era del libro electrónico. El editor, Jack Romanos, presidente de Simon & Schuster y artífice del debut electrónico de Stephen King, opinaba entonces: *"En los treinta años que llevo en este negocio no he visto nada parecido. Es increíble comprobar cuánta gente está dispuesta a aceptar la palabra escrita sin papel. Por hacer un parangón, creo que estamos ante un salto cualitativo parecido a cuando se publicaron los primeros libros de bolsillo"*.

4. "Prensa y literatura popular", en http://www.quadraquinta.org/documentos-teoricos/cuaderno-de-apuntes/prensalitpopular.html.

5. En su artículo "Terror en la red", en http://www.elmundo.es/navegante (ejemplar correspondiente al viernes, 17 de marzo de 2000).

Amén de las ventajas económicas, el alcance de público que permite Internet es inconmensurable, como lo es la sensación de haber acortado las distancias entre naciones, incluso entre el escritor y su público. En cierto modo, supone una vuelta a los orígenes, el artista vuelve a hacer piña con sus receptores en una comunicación mucho más directa.

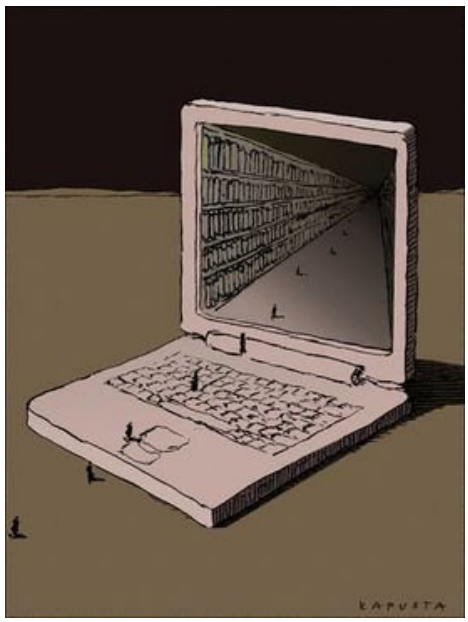
El peligro actual que supone la digitalización es similar al que se corrió en otras épocas en que la literatura no era concebida como oficio sino como entretenimiento: la defensa de la autoría y de la integridad del texto. El mismo Stephen King confesaba en ese mismo artículo: *"En cualquier caso, soy de los que piensan que nada podrá sustituir a la palabra impresa ni al viejo libro"*.

Hoy por hoy, lo cierto es que todavía quienes cooperan en este campo tienen un largo camino por recorrer para ganarse el prestigio. El libro, fetiche por excelencia en la liturgia de la lectura, amigo de cabecera insustituible, parece apresar la palabra, protegerla de su realización fugaz, y la red todavía no acaba de decidir quién es su dueño. Los parámetros de calidad tampoco parecen estar claros; junto con auténticos artistas en la manipulación de la lengua, encontramos autores, pretenciosamente noveles, con una expresión poco ambiciosa y una ortografía nefanda. Me estoy refiriendo, evidentemente, no a los escritores que únicamente digitalizan sus obras, sino a quienes publican en este medio en exclusiva no sólo por falta de coyuntura, contactos, u oportunidad, sino también por falta de talento. Hacer la criba, imponer el filtro de la excelencia literaria es el papel que corresponde al editor digital, si no desea hacer de su espacio cibernético un zoco por el que cualquiera puede pasear impunemente su mediocridad, entre aromas de especias que luego resultan ser insípidas.

La literatura es, si se me permite citar las célebres palabras de Gabriel Celaya, *"un arma cargada de futuro",* pero no puede empuñarla cualquiera.

Escritor y lector, siempre presentes

María Rosa Perea



Un mayo especial. Doce años de *Letralia,* "la revista literaria donde escritores hispanoamericanos exponen la calidad, profundidad y diversidad de su arte a los internautas del mundo". Vaya el reconocimiento y gratitud hacia **Jorge Gómez Jiménez,** a su equipo y a todos quienes van componiendo con destacada calidad esta hermosa **Tierra de Letras.**

¡Felicidades!

Largo camino ha transitado el hombre desde que delineó los primeros signos de escritura y de su necesidad de preservar sus vivencias mediante la palabra escrita. Quedan en la historia las piedras y maderas como los pioneros soportes de escritura, la seda china, las hojas de palma seca en India, las tablillas de arcilla, los rollos de papiro, códice y manuscritos, pergaminos. Quedan en la historia las amalgamas de arcilla y cola cocidas al horno, establecidas en forma de hierro y dispuestas en tipos móviles concebidas por el chino Pi Sheng y, a posterior, la imprenta ideada por Gutemberg, la que sin duda marcó un antes y un después en el modo de preservar la cultura. El imperio de los impresos no tardó en llegar y nos deslumbraría en la primera etapa del siglo XX signado por los avances de los medios de comunicación. Pero sin lugar a dudas, en la segunda etapa del siglo XX, la creación del primer dinosaurio computador signó un cambio trascendente al intentar hacer posible que la gestión de la información de "mundos independientes" se optimice convergiendo en el complejo mundo digital.

Tengo la fortuna de asistir diariamente a una institución donde pasado y presente se conjugan en libros. El *ayer* se preserva en el tiempo entre las hojas amarillentas y se expresa a través de la caligrafía cursiva, nítida, de puño y letra del versado escribiente de época. Alguna planchuela de secante olvidada en su interior evoca una época de pluma, tinta fresca y mucho esmero. El *hoy* no se amilana ante tanta trayectoria y arremete en el ciberespacio con su modernidad desbordante, descubriendo un territorio sin estructuradas limitaciones geográficas y mostrando una multiplicidad de formas virtuales. En un proceso dinámico, continuo e integrado a los avances tecnológicos el arte va encontrando nuevas formas de manifestarse y la literatura se afianza cada vez más en la forma de libro y revista digital.

Cierto es que, en esa transición de lo tradicional —impreso— hacia las nuevas formas de manifestación cultural —digital— sin duda existen predilecciones, incertidumbres y cuestiones por resolver; pero sea cual fuese la elección siempre estará presente escritor y lector, el placer por contar y leer; y la loable labor de quien o quienes hacen posible que un proyecto literario tome forma, optimice su calidad y se preserve en el tiempo. ¡Enhorabuena por *Letralia!*

Ayer y hoy de las revistas literarias

Juan Planas

Los doce años de existencia de *Letralia* en la red son una buena noticia; una excelente revista literaria no ha sido víctima de la mortalidad infantil, que tradicionalmente diezma a las revistas literarias "de papel". Esto nos lleva a meditar sobre la importancia que tiene Internet en la literatura de nuestros tiempos.

No hace tanto, emprender una revista literaria podía resultar una tarea titánica; los colaboradores tenían que entregar sus trabajos personalmente o por correo postal, las llamadas telefónicas a distancia o internacionales eran caras, y los costos de imprenta, fotomecánica y papel eran muy gravosos; generalmente, las tiradas eran muy cortas. Además, estaba el problema de la distribución. No era fácil entrar en el circuito repartidor de revistas y, con suerte, se lograba abarcar el ámbito nacional. Si el emprendimiento estaba localizado lejos de las ciudades más importantes, las dificultades eran aun mayores.

Todo esto ha cambiado con Internet. Con el correo electrónico, la correspondencia y la entrega de trabajos se han acelerado pasmosamente; hace una generación, había que esperar días un original enviado por un autor que vivía en el mismo país, mientras que ahora ese original llega a la revista en instantes, aunque el autor resida en otro hemisferio. Y los costos de imprenta, fotomecánica y papel se han reducido a cero. Por supuesto, Internet también tiene su precio, pero no hay comparación.

Internet también ha permitido que reviva el cuento. En tiempos en que se tiene en gran estima la brevedad, las editoriales habían llegado a la paradójica convicción de que la narración breve no era negocio. Sin embargo, todos los días miles de lectores se conectan con la red para leer cuentos, sea de los autores clásicos o de autores nuevos, que envían sus narraciones a las revistas también por medio de Internet.

En cuanto a la poesía, Internet le ha dado poco menos que una resurrección; siempre habrá poetas, pero no hay lectores de poesía si no hay publicación. Y, mientras que encontrar una editorial que publique a un poeta nuevo es casi tan dificultoso como hallar el Santo Grial, Internet ofrece muchos sitios que tienen sus puertas abiertas a la poesía.

Las editoriales "de papel" suelen imponer a los escritores ciertas pautas: por ejemplo, que el primer párrafo de la primera página tiene que "enganchar" al lector a continuar la lectura, y que la última página de la obra tiene que "enganchar" al lector a que compre el próximo libro. De este modo, el autor se puede ver sometido a escribir según una preceptiva dictada por los gerentes de ventas. En Internet hay más libertad. Una revista electrónica no vende su producto a los lectores, de modo que el autor puede escribir según su criterio, no según las pautas de la gerencia de ventas.

Poco y nada de la briosa actividad literaria que transcurre en la red se ve reflejada en los medios de comunicación. Las secciones de crítica literaria, dependientes de los anuncios de las editoriales, la ignoran olímpicamente. Pero ello no impide que, en todo el mundo, millones de personas busquen lectura y escriban en línea. En literatura hay un antes y un después de Internet.

Letralia, una docena de años de trabajo

Leopoldo de Quevedo y Monroy

La línea larga del aire ya hace 4.320 días empezó a tejer palabras en el PC de Jorge Gómez Jiménez. El éter translúcido oyó silbos y ladridos, se tiñó del idioma de Cervantes y con emoción llevó el recado hasta la pantalla ubicada en Cagua. El niño cibernauta empezó escribiendo y mascullando palabras y hoy ya es un jovencito que besa la pubertad.

La casa ya casi es ciudad y en ella habitan un millar más 579 escritores que han ayudado a llenar el amarillento espacio de cada primer y tercer lunes para darle vida a la Tierra de Letras, *Letralia*. Ellos alzan su voz desde Europa, pasan por Norteamérica, se bañan en Centroamérica y suben desde la Patagonia. Italia y España se hacen presentes, Canadá, Estados Unidos, México, Nicaragua, Santo Domingo, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay, Chile y Argentina confluyen a Venezuela a depositar el regalo de su voz, su luz y su libertad. En verdad que hace honor a su lema: Revista de los escritores hispanoamericanos en Internet.

Más de 4.400 colaboraciones ha recibido *Letralia* en las 186 ediciones. Abogados, periodistas, traductores, ingenieros, ilustradoras, pintores, narradores, literatos, críticos y poetas han enviado textos en los que trasmiten percepciones que recogen de la vida con ojos diferentes. La nutrida página cada vez es exquisita fruta con sabor a recuerdos, eventos, premios, conmemoraciones, análisis, o hallazgos literarios. Nada está fuera de lugar. Cada autor es bien tratado y el texto luce acomodado y adornado con dibujos, fotos bien logradas y van acompañadas de un comentario idóneo.

http://www.letralia.com/ed_let

El escritor es un huésped bienvenido a *Letralia* —así se siente— y su firma registrada es respetada en el mundo de las letras. Gómez Jiménez se ha demostrado experto navegante y las olas que se levantan con el pensamiento llegado de diferentes escenarios nunca lo han inquietado pues el respeto y la dignidad son las consignas de su trabajo.

Letralia es desayuno, se comenta en el café o es descanso y relax antes de dormir. Informa, hace pensar, actualiza, y en más ocasión trae sorpresas de escritores o poetisas que embelesan con su estilo, sus gracejos o sus figuras flacas y enjutas que nos hablan.

Esta es la magia de esa mano poderosa de quien usa la red de alas invisibles que entran a diario o nuestra mesa. Nos pone un menú de opciones, de imágenes y voces, de rostros y fantasmas cual alfombra de Aladino. El joven baja los sonidos de Maná o Bee-Gees en Youtube a mp3, el académico completa su tarea y el escritor teclea como atleta en bicicleta en el ejercicio de decir, contradecir y crear mundos que salgan por el universo a buscar quien quiera morar un tiempo allí.

El libro digital ya no tiene reversa

Germán Uribe

Tenemos que reconocer que frente al inevitable futuro exitoso del libro digital, quienes amamos del maravilloso mundo bibliográfico aquellos irresistibles encantos de la tinta y el papel, nos llenaremos de razones para la inquietud y la nostalgia, y para reclamar como insustituibles aquellas características sensoriales que han hecho del libro impreso el más íntimo y personal de los goces intelectuales.

Hace poco leía a Enrique Vila-Matas discerniendo respecto de este tema y terminé realmente seducido cuando el español refería los sobresaltos que le causó al novelista John Updike la lectura de un ensayo de Kevin Kelly, uno de los más encumbrados personajes de la cibercultura, una especie de gurú "cibertecnólogo" a quien ya se considera un émulo adelantado de Gates y Negroponte. Y es que la reacción de Updike narrada por Vila-Matas tenía méritos para justificarse cuando se enfrenta a la afirmación de que se llegará más pronto de lo esperado a una "digitalización de todo el saber escrito" y a la desaparición de los autores en aras de un único libro universal, de un flujo de palabras prácticamente infinito, lo que se alcanzará, naturalmente, a través de la Internet.

Pero veamos: si el anunciado final del libro impreso ya provoca en el lector tradicional, más que extrañeza, rechazo, ¿qué decir del escritor que ve en este vértigo una especie de atentado al objetivo y la naturaleza de su trabajo?

En todas maneras parece que el rumbo ya está definido y la suerte de la "tinta y el papel" ya está echada. No habrá alegato que logre distraer su penoso

destino, ni clarividente o profeta que pueda precaver su supervivencia. El funeral ha iniciado su marcha, y de nada vale que quienes conservamos nuestra fidelidad a las hojas impresas, protestemos y rabiemos en medio de la desesperanza.

Las librerías, con sus coloridos anaqueles, terminarán resignándose mientras se desvanecen en medio de una soledad inmerecida. Mañana, sus clientes, sin salir de su casa, y probablemente sin costo alguno, verán a través del monitor de sus computadores cómo desfila el conocimiento universal, sus libros preferidos, sus diarios y revistas de interés, la fotografía, la cartografía, los museos y, en fin, la cultura universal totalizada y, por qué no, el mundo todo, ahora sí, definitivamente globalizado.

Y hay más. La educación. ¿Terminarán las escuelas y colegios, y la misma universidad reducidas al pequeño espacio de una pantalla? Eso que llamamos educación a distancia y a lo que la radio, el correo y la misma televisión comenzaban a rendir culto, ¿vendrá en pocos años a ser cosa del pasado? ¿Se harán en adelante las carreras universitarias desde la comodidad e inmediatez de un escritorio?

Y aunque todo ello desalienta nuestro romanticismo de lectores y escritores, nada nos aconseja acercarnos a una rebelión inútil.

El argentino Andrés Neuman insiste en que la lectura carnal y la virtual no se oponen, mientras el ecuatoriano Leonardo Valencia le daba ventaja al "lector-nauta" en tanto que le permite, como sujeto interactivo, reescribir lo ya escrito.

¿Pero es que quién iba a imaginar hace apenas quince o veinte años que la imprenta del genio de Maguncia llegara algún día a su fin y se convirtiera de repente, después de varios siglos, en una curiosa antigüedad?

Hace poco se divulgó profusamente una referencia a este tema bajo el título de "Los libros de papel tienen los días contados", en donde el fundador de Amazon, Jeff Bezos, abordaba el tópico con contundentes argumentaciones difíciles de refutar.

El precipitado desarrollo tecnológico y su aterrador apremio no le piden permiso a nadie, ni están en disposición de contemporizar o conciliar con nuestros antojos y añoranzas. Continúan su avance impetuoso rebasándonos constantemente con el argumento, imposible de rebatir, de que todo será en beneficio del hombre, por lo que, de una vez por todas, debemos ir pensando en trasladarnos a vivir la mayor parte del tiempo sentados en nuestro escritorio entre

las teclas y la pantalla de este alucinante computador que, tanto usted como yo, amigo lector, tenemos ahora frente a nuestra ojos.

Así, pues, los procedimientos hipertextuales, los libros, la educación y la cultura en el espacio virtual, ya no tienen reversa.

Lugar común: la muerte

Gabriela Urrutibehety

Desde que, según dice Platón, el pobre Sócrates temía que la escritura matara la memoria de los jóvenes, nos hemos pasado pronosticando la muerte de alguna de esas cosas que los que saben llaman "tecnologías de la palabra". Que el cine matará la lectura, que la televisión matará los cerebros, que la Internet matará las bibliotecas, que los mensajes de textos matarán la ortografía. No sé si en la Edad Media se quejaron por la muerte del rollo y la aparición del códex, si Gutenberg sufrió demasiadas amenazas mientras colocaba uno a uno los tipos en cada página de su biblia revolucionaria, si hubo grandes dramas —o sólo desprecio— por la difusión de la encuadernación en rústica o por el cambio del formato sábana a tabloide de la mayoría de los diarios. Pero es probable que sí, porque hay gente para todo.

Nos hemos pasado la vida anunciando muertes para acabar bebiéndonos nosotros mismos la cicuta (con el debido respeto al prócer filosófico), sin que nada de lo predicho sucediera. O, al menos, no de la manera en que se había predicho porque, ya lo dicen muy bien todas las maestras de cuarto grado: nada muere, todo se transforma.

La computadora nació y pronto se alzaron gritos acerca de que la nueva criatura mataría al libro. Apocalípticos e integrados se trenzaron en combate singular, esgrimiendo las espadas de, por ejemplo, "quién puede guardar una rosa seca en el teclado de una computadora", por un lado, mientras del otro contraatacaban con la ballesta de "todos los libros del mundo están disponibles al alcance de tu dedo índice y la tecla enter".

Qué puede pasar con el libro es algo que no me animo a predecir yo, que ni siquiera sé qué pasará con mi sueldo antes de que acabe el mes. Para ser since-

ros: me importa bastante poco. Desde que con un punzón y una tableta de arcilla se descubrió que había posibilidad de poner nuestra memoria en un soporte material que la iba a mantener viva por mucho tiempo (al menos, hasta que alguien decidiera bombardear "ese oscuro lugar del planeta que no ha dado nada a la humanidad", como dicen que dijo Bush de Irak), la idea ha prendido bastante y no hay mayor razón para temerle a la tinta china que a la carbonilla ni, mucho menos, a los píxeles. Ellos se encargan de darnos una mano en esto de escribir y, cuando no estén más, algo se nos ocurrirá, que en peores nos hemos visto.

Pero, ¿y la literatura? Los apocalípticos tienen la mala costumbre de equiparar literatura a libro y eso no ha sido así más que en muy pequeños períodos de la historia. Ni siquiera se había pensado en la existencia de los libros y ya teníamos una de las novelas más modernas: la Odisea. Mientras los mapuches creaban sus himnos a la tierra, por estas zonas del sur no había más registros que los de quienes se dedicaban a apoyar sus manos iluminadas de colores en las paredes de las grutas. Mientras Platón echaba a los poetas de su República, escribía en rollos el bellísimo relato que los profesores llaman Alegoría de la Caverna. Mientras en el lugar donde hoy tecleo no había más que pastos y toldos y ranchos y caballos salvajes, Bartolomé Hidalgo inventaba la poesía gauchesca en hojitas sueltas que repartía en los campamentos de los revolucionarios de Artigas.

Y no creo que a ellos los desvelara pensar que una gruta o una hoja suelta o un rollo o un poema aprendido de un juglar en la plaza eran incapaces de contener una flor reseca, cuando tanto pueden contener. El asunto es que, a puro grito o a puro esfuerzo de mano que rasga la hoja o elige la tecla, se va construyendo otra cosa. Esa cosa que busca desesperada, dolorosamente el oído que la oiga, el ojo que la vea, ya a través del aire, de la luz, del cable o la fibra óptica. La literatura es mucho más que el soporte en que transita y, por estos tiempos, la aparición de la Web le ha dado otro soporte que transitar. ¿El que matará a los otros? No sé. Después de todo, es sólo un soporte.

Et tout le reste est littérature.